JOACHIM FRIEDRICH

clan

CUATRO AMIGOS y medio

edebé

El caso de la profesora desaparecida

Cuatro amigos y medio

El caso de la profesora desaparecida

edebé

Título original: *4 1/2 Freunde und die verschwundene Biolehrerin*
© 1995 by K. Thienemanns Verlag, Stuttgart - Wien - Bern

© Ed. Cast.: edebé 2016
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Ilustraciones: Edebé Audiovisuals
Traducción: Irma Huici
Diseño: Book & Look

1.ª edición, junio 2016

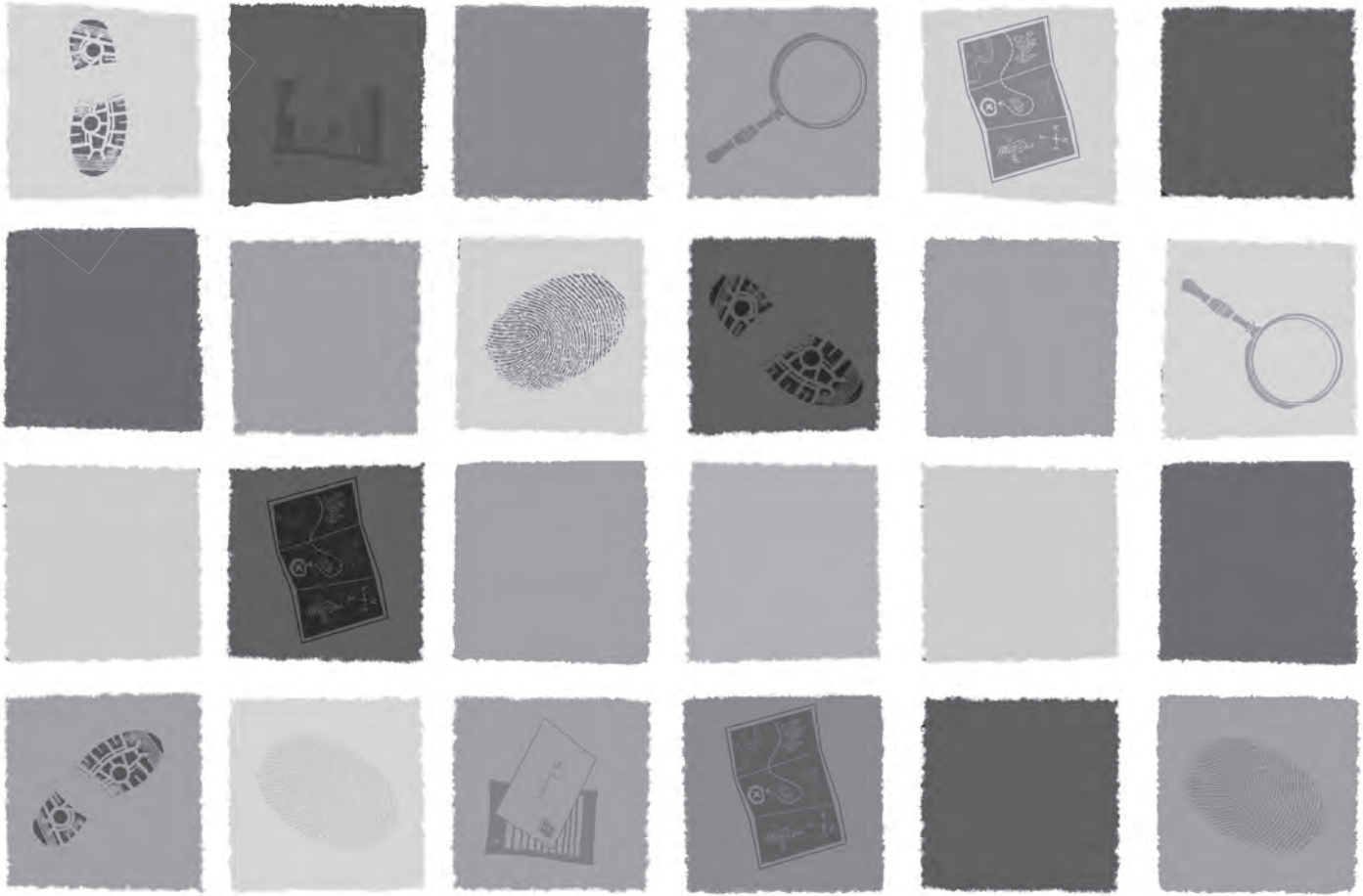
ISBN 978-84-683-2779-2
Depósito Legal: B. 11229-2016
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

El caso de la profesora desaparecida

JOACHIM FRIEDRICH

edebé



Como un ángel

Como un ángel flotaba por el aula. Su mirada brillaba. Irradiaba un algo sobrenatural. ¿Cómo puede una mujer ser tan guapa?

Mi corazón iba a cien por hora. Yo estaba fuera de mí, y todo lo que ella decía me sonaba a gloria.

—¡Sois todos una panda de holgazanes indescriptible!

Agitó nuestros exámenes de Naturales como Juana de Arco su bandera. Se dirigió hacia mí. Pensé que pronto notaría una ligera brisa cuando pasara por mi lado. Cada vez estaba más cerca. Ahora. ¡Entonces lo olí! De violetas o rosas. En cualquier caso, jamás había respirado un olor tan fascinante. Tenía que ser su perfume. Ese día estaba más guapa que nunca.

No es que antes la señora Schulte-Stratmann fuera al colegio vestida con andrajos, pero solía llevar ropa muy normal, de profesora. Vamos, que no iba precisamente muy a la moda, como todos sabemos. Cuando a principios de curso llegó al colegio, pensé que sería una profesora más. Pero a medida que fuimos conociéndonos, más me convencí de que era extraordinaria. ¡Qué guapa es! Eso ya se veía antes, a pesar de la ropa de profesora. ¡Pero des-

de hace un par de semanas, está impresionante! En lugar de los pantalones vaqueros, ahora siempre lleva vestidos. Cada día se pone uno más llamativo que el anterior, y más caro, seguro. Creo que se ha comprado uno nuevo para cada hora de clase. También ha empezado a maquillarse y lleva un pintalabios de color rojo-beso fantástico.

La señora Schulte-Stratmann dio la vuelta y volvió sobre sus pasos. Tropezó ligeramente, quizá porque no estaba acostumbrada a los tacones altos. Aún rabiaba por el resultado de nuestros exámenes. Entonces yo giré la silla hacia el pasillo y me coloqué de forma que mi nariz estuviera en su dirección. En ese momento, pasó de nuevo por mi lado y volví a inspirar aire profundamente. ¡Otra vez ese perfume! ¡Enloquecedor! Entonces giró sobre sus talones y me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Por qué respiras así, Frederick? ¿No huelo bien o es que estás constipado?

¿Por qué uno no puede sencillamente volverse invisible? Lo peor fue que ahí no acabó la cosa. La *profe* esperó hasta que los idiotas de mi clase se hubieron calmado. Después, soltó su segundo ataque. Me pasó una hoja por las narices, probablemente mi examen de Naturales. Me temía lo peor.

—Te has llevado la palma, Frederick. Un cero. ¡No son las flores las que fecundan a las abejas, sino al contrario!

¿Cómo puede una mujer ser tan cruel?

—¡Silencio! —gritó—. Tal como os ha ido este examen a todos, no tenéis ningún derecho a reíros de vuestro compañero. Cuando hagamos la excursión a Haltern, desearéis haber aprendido más sobre biología. ¡Os lo aseguro!

En ese momento las risas se convirtieron en suspiros. Todas las clases que daban Naturales con la señora Schulte-Stratmann tenían que ir a la excursión. Y siempre al mismo sitio. Se trata de una pequeña ciudad que se encuentra no muy lejos de aquí. La clase de al lado ya la había hecho, y lo que nos explicaron nos produjo escalofríos por todo el cuerpo. Durante todo el día la profesora Schulte-Stratmann estuvo con ellos dando grandes zancadas por el bosque. Preguntaba por todas y cada una de las hierbas. A pesar de que los de la otra clase no nos caen nada bien, nos dieron pena. Durante toda una semana tuvieron tantas agujetas que notaban unos terribles pinchazos cada vez que se movían.

Pero esa no es la única causa por la que la profesora Schulte-Stratmann no es muy querida por sus alumnos. Todo lo que tiene de guapa, lo tiene de exigente. Aunque yo sé que se hace la exigente para que no le tomemos el pelo. Bajo esa piel tan áspera, estoy seguro de que se esconde un interior muy tierno. ¡Estoy convencido! Lo que pasa es que los demás no han sabido descubrirlo.

A pesar de que nadie más se rio durante el resto de la clase, el asunto de las flores y las abejas no se había terminado para mí. Era la última hora y pensaba en la vuelta a casa con terror.

Charly fue el primero. Ni siquiera esperó a que estuviéramos fuera del aula.

—¡Oye, Fred! —me gritó desde su sitio—, lo de las abejas y las flores lo tenemos que estudiar mejor. ¿O aún crees en la cigüeña?

—¡Eh, tío, eh! ¿No has tenido nunca un cero?

—¡Noo! —sonrió Charly.

Yo estaba enfadado, pues sabía que no mentía. Aparte de Estefi, Charly era el mejor de la clase, incluso en deporte.

Delante de la puerta del colegio, nos estaban esperando Estefi y Rabanito. Por suerte Rabanito se contuvo. Quizá porque tiene que soportar burlas muy a menudo debido a su estatura. Es casi una cabeza más bajo incluso que su hermana melliza Estefi. Por eso lo llamamos Rabanito, pero en realidad se llama Óscar Rademacher. Aunque a mí no me va mucho mejor. Cuando se forman los equipos en deporte, a los dos nos escogen los últimos.

Estefi, por el contrario, atacó en la misma línea que Charly, pero con más mala idea. Me miró, masticando a gran velocidad su chicle, sonrió de oreja a oreja y me dijo:

—¿Qué pasa, Fred? ¿Que estás enamorado de la profesora de *Natus*?

—¡Eh, tía, eh! ¿Estás loca, o qué te pasa? ¡Qué disparate! ¿Cómo se te ha ocurrido semejante barbaridad? ¡No es verdad! ¿Yo enamorado de esa? ¡Nunca!

Pensé en ello con desesperación. ¿Me había comportado de manera sospechosa? ¿O quizás había murmurado algo para mis adentros sin haberme dado cuenta?

La sonrisa de Estefi se agrandó.

—No te pongas nervioso. Solo lo he preguntado. Además me llamo Estefi y no «eh, tía, eh».

—Déjale en paz —salió en mi defensa Rabanito—. Ya sabes que a todo el mundo le llama «tío» o «tía». Y no sé cómo se te ha podido ocurrir que está enamorado de la profesora Schulte-Stratmann.

—Siempre que tenemos Naturales Fred está anclado a su silla y mira a su alrededor como si estuviera en sueños. Incluso le he oído suspirar, muy flojito pero claramente, un par de veces. Ya sabéis que me siento justo detrás de él.

¡Atiza! Ojalá me hubiera desintegrado.

—¿Suspirar? —soltó Charly—. ¿En serio? ¡Entonces está enamorado de verdad!

—¡Tonterías! —grité demasiado fuerte.

—¿Y entonces por qué suspirabas y estabas como en sueños?

¡Uf! Tenía frío y calor a la vez.

—No he suspirado. Y además no estoy como en sueños, sino...

—¿Sino...?

—¡Pensando! ¡Exacto! ¡Estaba pensando!

—¡Eso es una novedad!

Ahora también sonreía Rabanito.

—¿En qué pensabas? ¿En la profesora de Naturales?

¿Por qué no podía confesarles mis sospechas? A lo mejor tenían una explicación al respecto.

—Sí, exactamente. En la profesora de Naturales. Es que creo que hay algo en ella que no cuadra.

La expresión de Charly cambió radicalmente. Estaba intrigado.

—¿En serio, Fred? ¿A qué te refieres?

Estefi se puso en jarras.

—Basta ya, Charly. ¿O acaso presientes otro caso para tu banda de detectives?

Charly tardó un rato en responder. Estaba indignado.

—¡Estefi! ¡Cuántas veces tengo que decirte que Char-

ly & Company es una agencia de detectives y no una banda! Y además no es solamente mi agencia. Tú perteneces a ella. Y Fred y Rabanito también.

La sonrisa de Estefi desapareció.

—Ya lo sé. Pero aún no hemos resuelto muchos casos. En realidad, ninguno.

—¡No me lo recuerdes! Pero ¡qué se le va a hacer! Quizás algún día... Solo hay que mantener los ojos bien abiertos. A ver, Fred, ¿qué pasa con la señora Schulte-Stratmann?

—¿No te has dado cuenta de que últimamente ha cambiado mucho?

—Noo. ¿Cómo va a haber cambiado?

—Se ha vuelto... más seria.

—Pero eso no es nada raro —dijo Rabanito—, el examen de Naturales ha ido fatal.

—¡Eh, tío, eh! No me refiero a eso. Antes era mucho más alegre.

—¿Cuándo ha sido alegre? —dijo Rabanito—. A mí siempre me ha berreado.

—Así es —le dio la razón su hermana—. Yo no recuerdo que haya contado un chiste ni una sola vez, como hace la mayoría de los otros profesores. Y si has tenido la suerte de verla reírse en alguna ocasión, ya puedes marcarlo en rojo en el calendario.

—Quizás esté preocupada —dije yo reflexionando.

Charly resolló con desdén.

—¡Preocupada! ¿Qué preocupaciones va a tener un profesor? La única preocupación que tiene esa es cómo fastidiarnos con su estúpida excursión a Haltern.

—¡Si por lo menos no nos mirara de esa manera! —dijo Rabanito.

Estefi asintió.

—¡Es verdad! Podría taladrar un armario blindado con la mirada.

Yo sabía muy bien a qué mirada se referían.

—¿Habéis visto cómo se arregla últimamente? —preguntó Charly—. Cada vez lleva vestidos más cortos y estrechos. Hace poco casi se rompe una pierna al ir a subirse en su viejo cacharro.

—¿Tú también lo has notado? ¡Además hoy olía a perfume! —grité yo.

Estefi no pasaba tales oportunidades por alto.

—¿De verdad? ¡Qué romántico! A pesar de todo, yo no la soporto. Por mí, podría ser un poco más fea, si eso significara no ser tan estricta y no reñirnos continuamente. Es un auténtico horror.

No tenían ni idea. Solo porque no nos dejara tomarle el pelo... Eso no significaba ni mucho menos que fuese un horror.

—Aunque..., sí es verdad que es muy raro que últimamente lleve esos vestidos llamativos y se maquille —dijo Charly pensativo.

Estefi supo inmediatamente adónde quería llegar.

—¡Olvídalo, Charly! No hay ningún caso Schulte-Stratmann.

—Y entonces, ¿por qué se comporta de esa manera tan chocante?

—¿Qué quieres decir con «chocante»? Solo se viste de manera atractiva. Quizás esté enamorada.

—¡Exacto! De Fred —soltó Charly.

—¡O le ha tocado la lotería! —dijo Rabanito riendo tontamente.

—Entonces ya no trabajaría —puntualizó Charly—. Y además, en primer lugar se habría comprado un coche nuevo. El que conduce ahora es un puñado de chatarra.

—Si tanto te interesa lo que le pasa, se lo puedes preguntar, Charly —dijo Estefi.

—No estoy loco —respondió Charly—. Sabes que no soporta que le pregunten por su vida privada. ¿Recuerdas cómo contestó a Nadine solo porque le preguntó si estaba casada?

Lo sabíamos muy bien. ¡Pobre Nadine!

—¡No, no! —siguió Charly—. No me enredaréis. Prefiero prescindir de un caso.

Estefi le puso la mano sobre el hombro.

—Es la primera frase sensata que oigo hoy de ti, jefe.

—Bien. Pues ya puedo irme tranquilo a casa.

—Iba a proponer lo mismo.

Se me cayó la cartera de la mano del susto. La profesora Schulte-Stratmann se encontraba justo detrás de nosotros. Recé pidiendo que acabase de llegar. ¡Me miró y sonrió! Se me secó la garganta.

—No me habría imaginado que os costara tanto alejaros del colegio. Pero si no os ponéis pronto en marcha, vuestros padres se preocuparán.

Dicho esto, pasó por delante de nosotros atravesando el patio. La seguimos con la vista sin decir una palabra hasta el aparcamiento de profesores. ¡Tenía un aspecto fantástico! Justo entonces vi en el aparcamiento un coche

que nunca antes había estado allí. Era un descapotable rojo vivo. Y precisamente hacia ese mismo auto se dirigía la profesora Schulte-Stratmann. Llegó hasta él, abrió la puerta, se metió dentro y aceleró con un chirrido de ruedas.

—¿Habéis visto eso? —dijo Charly con voz tan alta que le salió un gallo—. ¡Eso era un Porsche Cabriolé! ¡Qué locura!

—Y precisamente acabas de decir que lo primero que haría sería comprarse un coche nuevo si le tocara la lotería —dijo Rabanito.

—Eso es instinto, colega —se pavoneó Charly.

—No te pases de listo —le contestó Estefi.

—Cada vez encuentro el asunto más raro. Primero, los vaqueros y un cacharro de coche, y ahora, vestidos caros y un súper deportivo.

—¡Exacto! Creo que deberíamos convocar una reunión para poder hablar de todo esto. Si es posible, esta misma tarde.

—¿Y dónde, si puede saberse? —preguntó Estefi escéptica.

—Siempre en casa de quien lo pregunta —contestó Charly.

—¡Otra vez en casa, no! No me parece justo. Siempre estáis en mi habitación. ¡Acabaréis estropeándome el ordenador!

—¿Y adónde vamos a ir, si no? —quiso saber Charly.

En ese momento, Estefi, Rabanito y Charly me miraron. Yo quería decir algo, pero se me adelantaron.

—«En mi casa no puede ser» —dijeron a coro.

Creo que me puse rojo.

—¡Eh, tíos, eh! En mi casa no puede ser de ninguna manera. Ya os he contado lo pequeño que es el piso. Mi madre estaría todo el tiempo controlándonos. Seguro que nos molestaría.

—Hombre, Fred —dijo Charly—, supongo que tu madre tendrá que trabajar esta tarde, ¿no? Además no hemos ido nunca a tu casa. No tengo ni idea de cómo es.

—Pero hoy no puede ser. Mi madre estará en casa.

—¡Qué raro! Siempre que tenemos reunión, ella no trabaja.

—¡Eh, tío, eh! ¿Por qué no la hacemos en tu casa?

—En la mía ya hemos estado.

—Solo dos veces.

—¿Sabes por qué no? Pues porque mi hermana siempre entra en mi habitación y se burla de nosotros.

—¿Y qué? Una hermana no molesta tanto como los padres.

—¡Parad ya de una vez! —dijo Rabanito por fin—. Por mí, podéis venir a mi casa. Podríamos estar en mi habitación. Así no le pasará nada al ordenador de Estefi.

Estefi le dio un golpe en el costado.

—Querido hermanito, eres demasiado generoso, ¿lo sabías? Pero no se beberán nuestra Coca-Cola. Mamá ya se quejó la última vez de que el cajón de las bebidas se vaciara tan rápidamente.

Charly puso cara condescendiente.

—Yo pongo la Coca-Cola. Y Fred que lleve algunas chucherías, chocolate o algo así.

Me miró. Yo asentí. ¡Qué iba a hacer! De todas maneras, estaba contento de que no fueran a mi casa.

Charly estaba satisfecho.

—Entonces, todo arreglado.

Por el camino me entraron remordimientos de conciencia. Era verdad que mi madre estaría en casa. Pero solo hasta las dos. Después se iría al trabajo. Tenía turno de tarde.

Miré la hora. Por culpa del asunto de la profesora Schulte-Stratmann se había hecho tarde. Tenía que apresurarme. Mi madre siempre dice que, como mínimo, quiere comer conmigo cuando tiene turno de tarde. Desde que vivo solo con ella, trabaja en la fábrica. «No es que gane mucho, pero así al menos somos independientes», dice siempre.

Mi padre se ha quedado nuestra antigua casa, mientras que mi madre y yo nos hemos mudado a una más pequeña. La casa es bastante vieja y mi madre siempre se está quejando de que algo no funciona. La distribución tampoco es tan moderna como la de los Rademacher o la de Charly. Por eso no me hace gracia que las reuniones se celebren en ella. Charly y el resto ya se burlan bastante de mí como para que también acaben burlándose de mi casa.

Cuando abrí, vi a mi madre delante de nuestra puerta.

—¿Dónde te habías metido? —me dijo—. Sabes que tengo turno de tarde, y que apenas tenemos tiempo de comer juntos.

Ya dentro de casa me cogió la cartera y me colgó la chaqueta. En realidad odio que haga eso, pero me he cansado de decírselo. Se lo he comentado unas mil veces y, a pesar de todo, lo sigue haciendo.

—¿Alguna novedad en el colegio? —preguntó cuando estábamos sentados ante nuestros platos.

Yo negué con la cabeza.

—¿Y por qué has llegado tan tarde?

—Teníamos un asunto del que hablar.

—¿Tú y tus amigos?

Asentí.

—Charly, Estefi y Rabanito.

Mi madre sonrió.

—¡Ah, vuestra banda de detectives! ¿Te vas a encontrar esta tarde con ellos?

—Hummm.

Mi madre retiró sus cubiertos a un lado y me dijo:

—Siempre te he querido preguntar una cosa, Fred: ¿por qué no vienen tus amigos nunca a casa? Me gustaría mucho conocerlos.

Quería responder algo, pero no sabía el qué. En lugar de eso, me embutí la comida para dentro. Realmente estaba deliciosa.

Mi madre no se quedó tranquila.

—¿No quieres decírmelo?

Me encogí de hombros.

—Frederick, Frederick —suspiró mi madre—. A veces tengo la sensación de que ignoro lo que piensas realmente.

No la miré. No me gusta cuando está así.

Me alegré de que, por fin, se fuera a trabajar sin que volviera a hablar del tema amigos. Podría hacer mis deberes, por lo menos la mayor parte de ellos, y después me iría. A Charly no le gusta que se llegue tarde a las reu-

niones de Charly & Company. Me apresuré a pesar de que no me apetecía demasiado ir a casa de Estefi y Rabanito. Intuía que ese día aún me iba a suceder algo extraño.